



SERIE DE ESTUDIO BÍBLICO

SILENCED



Restaurando la visión, la voz y las decisiones que moldean el destino de tu familia

SILENCED

— MATEO 12:22 —

El enemigo quiere silenciar a tu familia. Jesús quiere restaurar su visión y su voz.





INTRODUCCIÓN

Toda familia avanza hacia un destino

00

Toda familia avanza hacia un destino. La pregunta no es si estamos llevando nuestro hogar hacia algún lugar, sino hacia dónde lo estamos llevando. Cada conversación alrededor de la mesa, cada decisión que tomamos, cada valor que abrazamos y cada prioridad que establecemos va moldeando silenciosamente el futuro espiritual de nuestro matrimonio y de nuestros hijos. Mucho antes de que nuestros hijos imiten lo que enseñamos, imitan lo que atesoramos. Ellos aprenden lo que importa observando lo que nos importa a nosotros.

El mensaje de Mateo 12 comienza con un milagro que, a primera vista, parece tratarse únicamente de una sanidad física. Le traen a Jesús un hombre ciego y mudo a causa de opresión demoníaca. Jesús lo sana de inmediato, restaurando tanto su vista como su habla (Mateo 12:22). Sin embargo, el pastor Tisdale señala algo profundo: en este milagro en particular, el enemigo había atacado dos de las facultades más importantes para cumplir el propósito de Dios: la capacidad de ver y la capacidad de hablar.

“Entonces fue traído a él un endemoniado, ciego y mudo; y le sanó, de tal manera que el ciego y mudo hablaba y veía.”

Mateo 12:22, RVR60

Esto es mucho más que una historia de sanidad. Revela una de las mayores estrategias de Satanás contra el pueblo de Dios. Si él puede cegar lo que vemos, puede quitarnos el rumbo. Si puede silenciar lo que decimos, puede quitarnos la autoridad espiritual. Y si logra ambas cosas, podemos seguir viviendo físicamente mientras nos desconectamos del propósito de Dios para nuestra vida y nuestra familia.

Esta estrategia nunca ha cambiado. El enemigo sigue trabajando para nublar nuestra visión espiritual hasta que ya no podamos ver lo que Dios desea para nuestro hogar. Llena nuestra mente de desánimo, decepción, distracciones y temor hasta que dejamos de creer que nuestro matrimonio puede ser saludable, que nuestros hijos pueden servir a Dios con pasión, o que nuestra familia puede convertirse en un testimonio de su gracia. Una vez que se pierde la visión, nuestras palabras comienzan a cambiar. En lugar de hablar fe, comenzamos a hablar frustración. En lugar de declarar las promesas de Dios, repetimos nuestros problemas. Sin darnos cuenta, comenzamos a estar más de acuerdo con nuestras circunstancias que con la Palabra de Dios.

Las Escrituras enseñan constantemente que Dios edifica su reino a través de las generaciones. Cuando llamó a Abraham, su promesa se extendió más allá de un solo hombre hasta alcanzar a toda una familia y, finalmente, a todas las naciones (Génesis 12:1-3). Moisés instruyó a los padres a enseñar diligentemente los mandamientos de Dios a sus hijos, hablando de ellos “estando en tu casa, y andando por el camino” (Deuteronomio 6:6-7). Josué declaró con valentía: “Pero yo y mi casa serviremos a Jehová” (Josué 24:15). David oró para que una generación declarara las obras de Dios a otra (Salmos 145:4). A lo largo de toda la Biblia, la visión de Dios siempre ha incluido a la familia.

“Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes.”

Deuteronomio 6:6-7, RVR60

Esto significa que todo padre, madre, abuelo, esposo y esposa está moldeando una herencia espiritual. No solamente estamos criando hijos; estamos formando futuros discípulos, futuros cónyuges, futuros padres, futuros adoradores, futuros ganadores de almas y futuros líderes en el Reino de Dios. Las decisiones que tomamos hoy se convierten en el fundamento espiritual sobre el cual la próxima generación construirá el mañana. El pastor Tisdale resume esta verdad con una declaración poderosa: “Las decisiones que tomas hoy se convierten en el camino que tú y tu familia recorrerán mañana”.

Por eso este estudio no trata simplemente sobre el crecimiento personal. Se trata de edificar hogares donde Cristo sea honrado, matrimonios donde la fe sea cultivada y familias donde la próxima generación aprenda a ver el propósito de Dios y a declarar sus promesas con valentía.

A lo largo de este estudio descubriremos tres principios fundamentales que determinan el rumbo de toda familia:

La visión nos permite ver el futuro que Dios desea para nuestro hogar.

Nuestra voz libera fe y moldea continuamente el ambiente de nuestra familia.

Nuestras decisiones transforman esa visión en un legado espiritual duradero.

Nuestra oración es que Dios haga por nosotros lo que hizo por aquel hombre en Mateo 12. Que restaure nuestra vista espiritual para que podamos ver con claridad su propósito para nuestra familia. Que restaure nuestra voz para que podamos hablar fe sobre nuestro matrimonio, nuestros hijos y nuestro futuro. Y que nos dé el valor para tomar las decisiones diarias que lleven a nuestro hogar hacia el destino que Él ha preparado para nosotros.

SECCIÓN 1

La estrategia del enemigo: ceguera y silencio

01

La primera lección que debemos entender es que Satanás rara vez comienza atacando nuestro destino. En cambio, ataca aquello que determina nuestro destino. Esto es exactamente lo que vemos en Mateo 12. Le traen a Jesús un hombre ciego y mudo a causa de opresión demoníaca. Jesús lo sana, restaurando tanto su vista como su habla. El pastor Tisdale enfatiza que, en este milagro en particular, Jesús conecta la ceguera y la mudéz con la esclavitud demoníaca, revelando un principio espiritual poderoso: si el enemigo puede cegar lo que vemos y silenciar lo que decimos, puede limitar en gran manera aquello en lo que nos convertimos.

Esta verdad va mucho más allá de una sola persona. Habla directamente a cada hogar cristiano. Satanás entiende que las familias se construyen sobre la visión. Antes de que una familia se convierta en una familia de oración, alguien primero tiene que ver una familia de oración. Antes de que los hijos se conviertan en adoradores, alguien primero tiene que creer que pueden llegar a serlo. Todo legado espiritual comienza cuando alguien ve lo que Dios desea antes de que nadie más pueda verlo.

A lo largo de las Escrituras, el enemigo ha atacado constantemente la visión antes de atacar la conducta. En el jardín del Edén, Satanás nunca comenzó diciéndole a Eva que se rebelara contra Dios. En cambio, cuestionó la Palabra de Dios y distorsionó su perspectiva. Una vez que su visión se nubló, sus decisiones no tardaron en seguir el mismo camino. El pecado siempre comienza mucho antes de la acción misma. Comienza cuando dejamos de ver a Dios, sus promesas y su propósito con la misma claridad que antes.

Pablo explica más adelante este mismo principio cuando escribe que “el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos” (2 Corintios 4:4). La ceguera es una de las armas favoritas de Satanás, porque una persona que no puede ver con claridad la verdad de Dios eventualmente comenzará a tomar decisiones basadas en emociones y no en fe. Una familia sin visión espiritual va a la deriva, arrastrada hacia donde la cultura la empuje. Ya no persigue intencionalmente el propósito de Dios porque lo ha perdido de vista.

“El dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos.”

2 Corintios 4:4, RVR60

El pastor Tisdale nos recuerda que si Satanás nos roba la visión, perdemos el rumbo. Si nos roba la voz, perdemos la autoridad. Si nos roba ambas cosas, podemos seguir viviendo mientras nos desconectamos del propósito que Dios nos ha dado. Esto es exactamente lo que el enemigo desea para las familias cristianas de hoy.

Consideremos cómo suele desarrollarse este ataque en los hogares de hoy. Un esposo se abruma con el trabajo y poco a poco deja de orar. Una esposa se desanima y comienza a creer que nada va a cambiar. Los padres se ven consumidos por los horarios, los deportes, las finanzas y el entretenimiento, hasta que la adoración familiar desaparece silenciosamente. Ninguno de estos cambios ocurre de la noche a la mañana. Suceden porque la visión espiritual se va nublando poco a poco. Lo que antes parecía esencial comienza a sentirse opcional.

El enemigo también ataca nuestra voz. Una vez que el desánimo entra en nuestro corazón, por lo general comienza a salir de nuestra boca. En lugar de declarar las promesas de Dios sobre nuestro matrimonio, hablamos decepción. En lugar de declarar esperanza sobre nuestros hijos, describimos una y otra vez sus debilidades. En lugar de orar con confianza, nos quejamos con frustración. Con el tiempo, nuestras palabras comienzan a reforzar el mismo futuro que tememos.

Por eso las Escrituras enfatizan una y otra vez la importancia de nuestras palabras. Proverbios 18:21 declara: “La muerte y la vida están en poder de la lengua”. Santiago compara la lengua con el timón de un barco. Aunque es pequeño, determina el rumbo de toda la nave (Santiago 3:4-5). De la misma manera, las palabras que se pronuncian constantemente dentro de un hogar terminan moldeando su ambiente espiritual.

“La muerte y la vida están en poder de la lengua.”

Proverbios 18:21, RVR60

Imaginemos dos hogares. En uno, los hijos escuchan constantemente: “Nunca vas a aprender... ¿Por qué siempre eres así?... Nada cambia nunca”. En el otro, los hijos escuchan: “Dios tiene un propósito para tu vida... Creemos que Dios está obrando en ti... Estamos orando por tu futuro... Tú perteneces a Jesucristo”. Ambos hogares experimentan corrección, disciplina y desafíos, pero solo uno dirige constantemente a sus hijos hacia la visión de Dios.

La diferencia no es simplemente pensamiento positivo. Es liderazgo espiritual.

Una de las mayores responsabilidades que Dios da a los padres es el privilegio de ayudar a sus hijos a verse a sí mismos a través de los ojos de Dios y no a través de las etiquetas del mundo. El mundo etiqueta a los hijos según sus fracasos, su personalidad, su popularidad o sus logros. Dios habla propósito. Antes de que David llegara a ser rey, Dios ya veía a un pastor conforme a su corazón. Antes de que Jeremías naciera, Dios declaró que ya lo había ordenado como profeta. Antes de que Gedeón llegara a liderar a Israel, Dios lo llamó “varón esforzado y valiente” mientras Gedeón todavía se veía a sí mismo como débil.

Dios siempre ha hablado destino antes de que las personas pudieran verlo por sí mismas.

Quizás una de las preguntas más importantes que todo padre debería hacerse no es: “¿Qué es mi hijo hoy?”, sino más bien: “¿En qué ve Dios que se está convirtiendo mi hijo?”

Cuando comenzamos a ver a nuestros hijos a través de las promesas de Dios y no solamente a través de las luchas de hoy, nuestras oraciones cambian, nuestras conversaciones cambian, nuestra disciplina se vuelve más intencional y nuestra esperanza comienza a crecer.

Este principio también se aplica a nuestro matrimonio. Si lo único que podemos ver es el conflicto de hoy, nuestras palabras reforzarán el desánimo. Pero si comenzamos a ver lo que Dios desea que nuestro matrimonio llegue a ser, nuestras oraciones, actitudes, perdón y decisiones diarias comienzan a moverse en esa dirección.

Toda familia está siendo moldeada constantemente por lo que ve y por lo que dice.

Por eso debemos cuidar ambas cosas con esmero.

Nada le gustaría más al enemigo que convencernos de que nuestra familia nunca va a cambiar, que nuestros hijos nunca van a servir a Dios, que nuestro matrimonio nunca va a sanar, o que nuestro ministerio ya llegó a su límite. Esas mentiras están diseñadas para cegarnos antes de silenciarnos. Cuando dejamos de ver las posibilidades de Dios, eventualmente dejamos de declarar sus promesas.

Pero Jesús vino a restaurar ambas cosas.

Así como abrió los ojos del ciego y soltó su lengua, Cristo desea restaurar nuestra capacidad de ver su propósito para nuestra familia y de declarar su verdad con valentía sobre nuestro hogar. Todo avivamiento familiar comienza cuando alguien vuelve a ver lo que Dios ve y se niega a dejar de hablar hasta que esa visión se haga realidad.

REFLEXIÓN FAMILIAR

Hazte estas preguntas antes de continuar a la siguiente sección:

- ¿Qué visión tengo realmente para mi familia dentro de cinco años?
- ¿Mis conversaciones diarias producen fe o alimentan el temor?
- Si mis hijos repitieran todo lo que me escuchan decir sobre Dios, nuestra familia y el futuro, ¿fortalecería eso su fe?
- ¿La decepción, el temor o los fracasos del pasado han nublado mi capacidad de ver lo que Dios todavía quiere hacer a través de mi hogar?
- ¿Qué promesas de Dios necesito comenzar a declarar hoy sobre mi matrimonio, mis hijos y mi familia?

SECCIÓN 2

La visión le da propósito al dominio propio

02

Una de las verdades más poderosas que comparte el pastor Tisdale es que la visión le da una razón al dominio propio. Él explica que cuando las personas pierden la visión, el dominio propio comienza a sentirse innecesario. En lugar de ver los límites de Dios como protección, comienzan a verlos como limitaciones. Este principio sencillo ayuda a explicar por qué dos creyentes pueden escuchar la misma enseñanza bíblica y responder de manera tan diferente. Uno la abraza con gozo mientras que el otro se siente frustrado por ella. La diferencia muchas veces no está en su amor por Dios, sino en si pueden ver con claridad lo que Dios está construyendo en su futuro.

Salomón capta esta verdad en Proverbios 29:18 cuando escribe: “Sin profecía el pueblo se desenfrena”. El pastor Tisdale nos recuerda que la palabra hebrea traducida como “se desenfrena” no se refiere simplemente a la destrucción. Lleva la idea de despojarse del dominio propio o de vivir sin límites espirituales. En otras palabras, cuando las personas pierden de vista el propósito de Dios, también pierden la motivación para vivir vidas disciplinadas. Si no podemos ver hacia dónde nos está guiando Dios, se vuelve difícil entender por qué importa la obediencia.

“Sin profecía el pueblo se desenfrena.”

Proverbios 29:18, RVR60

Este principio afecta cada área de la vida familiar. Un padre que no puede ver el llamado de Dios sobre sus hijos eventualmente dejará de luchar por el ambiente espiritual del hogar. La oración familiar pierde importancia. La adoración se vuelve opcional. Las conversaciones sobre Dios se hacen menos frecuentes. Poco a poco, lo que antes parecía esencial comienza a sentirse innecesario. El problema rara vez es que alguien rechace a Dios intencionalmente. Con más frecuencia, simplemente deja de ver lo que Dios quiere lograr a través de su familia.

Lo contrario también es cierto. Cuando Dios nos da una visión para nuestro hogar, el sacrificio comienza a tener sentido. Protegemos con gusto aquello que valoramos. Los padres que creen que Dios tiene un propósito para sus hijos, de manera natural se vuelven más intencionales respecto a las influencias que permiten en su vida. No están tratando de aislar a sus hijos del mundo por temor. Los están preparando para vivir con fidelidad en un mundo que necesita desesperadamente a Cristo. La visión cambia la pregunta de “¿qué estoy dejando?” a “¿qué estoy protegiendo?”

El apóstol Pablo entendía bien este principio. En 1 Corintios 9, compara la vida cristiana con un atleta que se prepara para una competencia. Los atletas disciplinan su cuerpo con gusto porque están enfocados en ganar un premio. Se levantan temprano, entrenan con constancia, cuidan su alimentación y se niegan muchas comodidades porque tienen la mirada puesta en la meta. Su disciplina no es castigo; es preparación. Pablo explica que él vivía con esa misma mentalidad en lo espiritual. Se disciplinaba a sí mismo porque entendía que Dios lo había llamado a algo mucho más grande que el placer pasajero.

Nuestra familia necesita esa misma perspectiva. Cada vez que elegimos la oración en lugar de la distracción, la generosidad en lugar del egoísmo, el perdón en lugar de la amargura, o la santidad en

lugar del compromiso con el pecado, estamos tomando decisiones que protegen el futuro que Dios desea para nuestro hogar. Estas decisiones pueden parecer pequeñas hoy, pero se convierten en el fundamento espiritual sobre el cual nuestros hijos construirán el mañana. Ellos están observando lo que valoramos. Mucho antes de adoptar nuestras creencias, observan nuestras prioridades.

Por eso la declaración de Josué sigue siendo una de las mayores afirmaciones de liderazgo en las Escrituras: “Pero yo y mi casa serviremos a Jehová” (Josué 24:15). Josué no estaba simplemente expresando una convicción personal. Estaba estableciendo el rumbo de su familia. Alguien tenía que decidir hacia dónde iba ese hogar, y Josué aceptó esa responsabilidad. Todo padre cristiano está llamado a hacer lo mismo. No podemos permitir que la cultura, el entretenimiento, las redes sociales o la opinión popular determinen el rumbo espiritual de nuestro hogar. Dios nos ha confiado esa responsabilidad.

Uno de los mayores peligros que enfrentan las familias cristianas hoy no es la rebelión repentina, sino el desvío gradual. Rara vez una familia amanece un día completamente desconectada de Dios. Con más frecuencia, la oración desaparece poco a poco. La adoración pierde pasión. La Palabra de Dios recibe menos atención. El entretenimiento llena el silencio que antes pertenecía a la presencia de Dios. Pequeños compromisos con el pecado se van acumulando hasta que se forma una cultura completamente distinta dentro del hogar. Lo que antes hubiera perturbado nuestra conciencia poco a poco se vuelve normal.

Por eso la visión debe renovarse continuamente. Debemos pedirle regularmente al Señor que nos ayude a ver a nuestra familia a través de sus ojos. ¿Qué clase de esposo nos está llamando a ser? ¿Qué clase de esposa? ¿Qué clase de padres? ¿En qué clase de discípulos se están convirtiendo nuestros hijos? Estas preguntas no tienen la intención de producir culpa, sino de restaurar el propósito. Cuando Dios renueva nuestra visión, también renueva nuestra pasión por proteger lo que Él está construyendo.

Como enseña el pastor Tisdale, el dominio propio deja de verse como una restricción cuando entendemos el propósito de Dios. Se convierte en la cerca que protege el futuro que Dios ha prometido. Cada “no” a la tentación se convierte en un “sí” aún mayor al llamado de Dios. Cada acto de obediencia se convierte en otro ladrillo del legado espiritual que estamos construyendo para las generaciones que nos seguirán.

El mayor regalo que podemos dejarles a nuestros hijos no es la seguridad financiera, el éxito educativo ni los logros terrenales. Es un hogar que constantemente los señaló hacia Jesús. Cuando nuestra familia ve con claridad la visión de Dios, el dominio propio deja de ser algo que soportamos. Se convierte en un acto de amor que protege la obra preciosa que Dios está realizando en nuestra vida y en las generaciones que vendrán después de nosotros.

SECCIÓN 3

La visión cambia la forma en que hablamos

03

Una vez que Dios nos da una visión para nuestra familia, el siguiente paso es aprender a hablar en concordancia con esa visión. Aquí es donde muchos creyentes luchan. Podemos creer que Dios tiene un propósito para nuestro matrimonio, nuestros hijos y nuestro futuro, y sin embargo nuestras conversaciones diarias muchas veces cuentan una historia completamente distinta. El pastor Tisdale hace una observación poderosa cuando dice que al enemigo no siempre le importa que creas la verdad en silencio, mientras nunca la declares con valentía.

La Biblia conecta constantemente la fe con nuestras palabras. Pablo escribe en Romanos 10:10: “Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación”. Note que creer y hablar no están separados. La fe comienza en el corazón, pero eventualmente encuentra su expresión a través de la boca. Lo que llena nuestro corazón terminará moldeando las palabras que pronunciamos. Si nuestro corazón está lleno de temor, el temor saldrá de nuestra boca. Si está lleno de fe, la fe también se escuchará.

“Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación.”

Romanos 10:10, RVR60

Este principio debería llevar a todo padre a examinar el ambiente que se está creando en el hogar. Nuestros hijos escuchan mucho más que nuestras instrucciones; escuchan nuestras expectativas. Escuchan cómo hablamos de nuestro matrimonio, nuestras finanzas, nuestra iglesia, nuestros líderes, nuestro futuro e incluso de ellos mismos. Esas palabras van moldeando silenciosamente el ambiente en el que crecen.

¿Cuántas veces los padres hablan derrota sobre sus hijos sin darse cuenta? Escuchamos frases como: “Es que es terco”, “Ella siempre es difícil”, “Él nunca va a escuchar”, o “Es igual que yo era”. Aunque estos comentarios puedan parecer inofensivos, las palabras repetidas tienen una influencia tremenda. Con el tiempo, los hijos comienzan a creer las etiquetas que se pronuncian constantemente sobre ellos. El pastor Tisdale hace referencia a un fascinante estudio educativo que muestra que los niños con frecuencia crecen hasta alcanzar las expectativas que se depositan sobre ellos. Si las expectativas humanas pueden moldear el desarrollo de un niño, ¿cuánto más puede hacerlo la verdad de Dios declarada constantemente sobre su vida?

A lo largo de las Escrituras, vemos que Dios rara vez presentaba a las personas describiendo quiénes eran en ese momento. Más bien, hablaba de en quiénes se convertirían.

Abram se convirtió en Abraham antes de llegar a ser el padre de muchas naciones. Sarai se convirtió en Sara antes de que naciera Isaac. Simón fue llamado Pedro antes de convertirse en el líder firme como roca de la iglesia primitiva. Gedeón fue llamado “varón esforzado y valiente” mientras todavía se escondía por miedo. Dios continuamente hablaba identidad antes de que las personas la vivieran por completo.

¿Qué pasaría si comenzáramos a hacer lo mismo dentro de nuestro hogar?

Imaginemos a un padre poniendo su mano sobre su hijo y orando: “Dios tiene un propósito para tu vida. Vas a ser un hombre íntegro. Vas a amar la Palabra de Dios. Vas a caminar en sabiduría”.

Imaginemos a una madre declarando sobre su hija: “Dios te ha llamado. Te ha dado dones que bendecirán su Reino. Tú perteneces a Jesús, y Él tiene un plan maravilloso para tu vida”.

Estas no son halagos vacíos ni ilusiones. Son declaraciones de fe arraigadas en las promesas de Dios.

Este mismo principio se aplica al matrimonio. Todo matrimonio atraviesa temporadas difíciles. Hay momentos en los que la frustración, la decepción o el agotamiento nos tientan a hablar sin cuidado. Sin embargo, las Escrituras nos recuerdan que “la muerte y la vida están en poder de la lengua” (Proverbios 18:21). Nuestras palabras pueden fortalecer el pacto que Dios nos ha dado, o pueden irlo debilitando poco a poco.

Esto no significa fingir que los problemas no existen. Las familias saludables enfrentan sus problemas con honestidad. Sin embargo, se niegan a permitir que los problemas se conviertan en la voz más fuerte del hogar. La fe reconoce la realidad, pero también declara la capacidad de Dios para transformarla.

Jesús demostró esto de manera hermosa a lo largo de todo su ministerio. Cuando estuvo frente a la tumba de Lázaro, no habló muerte; llamó a la vida. Cuando enfrentó tormentas, habló paz. Cuando se encontró con la enfermedad, habló sanidad. Cuando se topó con vidas quebrantadas, habló restauración. Una y otra vez vemos que la respuesta del cielo ante la oscuridad no es el silencio, sino la verdad declarada con autoridad.

El pastor Tisdale nos desafía con un pensamiento que confronta. Algunas montañas han escuchado nuestras quejas miles de veces, pero nunca han escuchado nuestra fe.

Nos hemos vuelto expertos en describir nuestros problemas mientras guardamos silencio sobre las promesas de Dios. Repasamos nuestros temores con más frecuencia de la que proclamamos su fidelidad.

Imaginemos si cada día tus hijos escucharan palabras como estas:

“Dios ha sido fiel a nuestra familia”.

“El Señor nos está guiando”.

“Dios tiene grandes planes para ti”.

“Nuestro hogar le pertenece a Jesucristo”.

“Confiaremos en el Señor en toda temporada”.

“Dios te va a usar para su gloria”.

Esas palabras se convierten en semillas plantadas en el corazón de la próxima generación. Con el tiempo, moldean la identidad, construyen confianza en Dios y crean un ambiente donde la fe se vuelve algo normal.

Josué entendió este principio cuando declaró: “Pero yo y mi casa serviremos a Jehová”. Note que Josué no dijo: “Vamos a ver qué pasa”. Él habló el rumbo de su familia antes de que lo recorrieran. Sus palabras establecieron la cultura espiritual de su hogar.

Esa misma responsabilidad le corresponde hoy a todo padre cristiano.

Nuestros hijos necesitan escucharnos orar. Necesitan escucharnos bendecirlos. Necesitan escucharnos hablar perdón en lugar de amargura, esperanza en lugar de desesperación, gratitud en lugar de queja, y fe en lugar de temor. Necesitan saber que cuando surgen las dificultades, nuestra primera respuesta no es el pánico, sino la oración.

Con el tiempo, adoptarán el lenguaje que llenó el hogar de su infancia.

Que nuestro hogar se convierta en un lugar donde las promesas de Dios se declaren a diario, donde la fe se escuche tantas veces como se crea, y donde cada conversación señale a nuestra familia hacia el futuro que Dios ha preparado para ella. Después de todo, el enemigo busca silenciar al pueblo de Dios, pero Cristo restaura nuestra voz para que podamos guiar a nuestra familia con fe, valentía y esperanza.



SECCIÓN 4

La visión debe convertirse en decisiones

04

Uno de los mayores peligros para cualquier familia cristiana es creer que la visión por sí sola es suficiente. Podemos soñar con tener un hogar piadoso, orar para que nuestros hijos amen al Señor, e incluso declarar palabras de fe sobre nuestra familia. Pero si esas convicciones nunca se convierten en decisiones diarias, no son más que buenas intenciones. El pastor Tisdale deja esto muy claro cuando explica que ver la visión y hablar la visión no son suficientes. También debemos tomar las decisiones que muevan a nuestra familia hacia esa visión.

Toda familia está siendo moldeada hoy por las decisiones que tomó ayer. De igual manera, el hogar que tendremos dentro de cinco años se está construyendo con las decisiones que tomamos hoy. Esto debería animarnos, porque nos recuerda que nuestro futuro no lo determina un solo momento emocional, sino miles de decisiones fieles tomadas a lo largo del tiempo. Las familias fuertes no se construyen de la noche a la mañana. Se construyen una oración a la vez, una conversación a la vez, un acto de obediencia a la vez.

La Biblia enseña este principio constantemente. Santiago escribe: “Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos” (Santiago 1:22). Escuchar la verdad de Dios es esencial, pero escuchar por sí solo nunca transforma a una familia. La transformación comienza cuando la verdad se practica constantemente dentro del hogar. Muchos creyentes desean sinceramente crecer espiritualmente, pero el deseo sin obediencia nunca produce un cambio duradero.

“Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos.”

Santiago 1:22, RVR60

Esto es exactamente lo que Moisés le enseñó a la nación de Israel antes de que entraran a la Tierra Prometida. En Deuteronomio 6, después de mandarle a Israel que amara al Señor con todo su corazón, su alma y sus fuerzas, Moisés dirige de inmediato su atención al hogar. Instruye a los padres a enseñar diligentemente los mandamientos de Dios a sus hijos, hablando de ellos mientras están sentados en casa, mientras caminan por el camino, al acostarse por la noche y al levantarse por la mañana. El plan de Dios nunca fue que la fe existiera únicamente en el santuario. Su deseo siempre ha sido que la fe se convierta en la cultura diaria del hogar.

Note lo prácticas que son estas instrucciones. Moisés no les dice a los padres que programen una lección anual. Más bien, describe un estilo de vida continuo donde cada momento ordinario se convierte en una oportunidad para discipular a la próxima generación. El discipulado familiar no se construye principalmente a través de eventos ocasionales. Se construye a través de hábitos constantes que se repiten día tras día.

Aquí es donde la visión se convierte en decisiones.

Si deseamos una familia de oración, alguien debe decidir que la oración se convertirá en parte del ritmo diario del hogar. Si deseamos hijos que amen las Escrituras, alguien debe decidir que la Palabra de Dios se abrirá con regularidad. Si deseamos un matrimonio en paz, alguien debe decidir que el perdón

se practicará rápidamente en lugar de permitir que crezca el resentimiento. Si deseamos hijos generosos, alguien debe modelarles la generosidad intencionalmente.

El pastor Tisdale ilustra esto de manera hermosa cuando dice que si queremos que nuestros hijos sean adoradores, primero deben vernos adorar. Si queremos que sean generosos, primero deben vernos dar. Si deseamos autoridad espiritual en nuestro hogar, primero debemos aceptar nosotros mismos la responsabilidad espiritual.

Los hijos aprenden mucho más de la observación que de la instrucción.

Un padre puede decirle a su hijo que la oración es importante, pero si ese hijo nunca ve a su padre orar, la lección pierde gran parte de su fuerza. Una madre puede animar a su hija a confiar en Dios durante temporadas difíciles, pero si la ansiedad domina cada conversación, el ejemplo comienza a contradecir la instrucción. Nuestros hijos se están haciendo constantemente una pregunta, aunque nunca la digan en voz alta:

“¿Mis padres realmente creen lo que me están enseñando?”

Esa pregunta se responde cada día a través de nuestras decisiones.

Jesús cierra el Sermón del Monte con una de las ilustraciones más claras de esta verdad. Describe a dos hombres que escucharon sus palabras. Uno las obedeció y construyó su casa sobre la roca. El otro las ignoró y construyó sobre la arena. Ambas casas enfrentaron tormentas, pero solo una permaneció en pie (Mateo 7:24-27).

Note que la diferencia no fue el conocimiento.

La diferencia fue la obediencia.

De igual manera, dos familias pueden asistir a la misma iglesia, escuchar los mismos sermones y creer las mismas doctrinas, y sin embargo experimentar resultados muy distintos, porque una construye constantemente sobre la Palabra de Dios mientras que la otra simplemente la admira.

Por eso el liderazgo espiritual no se puede posponer. No existe una temporada perfecta para comenzar a liderar a nuestra familia. El mejor momento para establecer hábitos piadosos es hoy. No necesitamos programas elaborados ni horarios perfectos para comenzar. A veces los cambios más significativos comienzan con decisiones muy sencillas.

Quizás esta noche la familia se reúna cinco minutos antes de dormir para orar.

Quizás mañana por la mañana comience con la lectura de un capítulo de las Escrituras en familia.

Quizás el televisor permanezca apagado una noche esta semana para que la música de adoración llene el hogar en su lugar.

Quizás una conversación difícil termine con perdón en lugar de enojo.

Estas decisiones pueden parecer pequeñas, pero el cielo las mide de otra manera. Cada acto de obediencia es otra piedra colocada en el fundamento espiritual de nuestra familia.

El pastor Tisdale también da una advertencia solemne que todo padre debería recordar:

“Lo que tolero hoy, mis hijos lo abrazarán mañana. Lo que excuso hoy, mi familia lo normalizará mañana”.

Esas palabras deberían hacernos detener a cada uno de nosotros.

Los hijos suelen normalizar todo aquello que observan repetidamente. Si presencian bondad constantemente, aprenden bondad. Si presencian oración, la oración se vuelve natural. Si presencian perdón, aprenden a perdonar. Pero si observan repetidamente el compromiso con el pecado, la amargura, la deshonestidad o la indiferencia espiritual, esos patrones también pueden volverse normales silenciosamente.

Por eso nuestras decisiones diarias importan tan profundamente.

Cada decisión fortalece o debilita la cultura espiritual de nuestro hogar.

La buena noticia es que Dios es misericordioso. Ninguna familia ha liderado perfectamente. Todo padre tiene momentos que quisiera poder revivir. Pero nuestros fracasos no tienen que definir nuestro futuro. En el momento en que rendimos nuestro hogar a Cristo y comenzamos a tomar decisiones que lo honran, Él comienza a restaurar lo que pudo haber sido descuidado. La gracia de Dios siempre es mayor que los errores de ayer.

A medida que elegimos fielmente la obediencia día tras día, nuestros hijos comienzan a ver que seguir a Jesús no es simplemente algo que hacemos los domingos. Se convierte en la manera en que vivimos cada día. Con el tiempo, esas decisiones constantes se convierten en un legado de fe que seguirá influyendo a las generaciones mucho después de que nos hayamos ido.

Ese es el poder de la visión vivida a través de la obediencia diaria. Transforma la fe de algo que admiramos en algo que nuestros hijos experimentan cada día.

SECCIÓN 5

Los padres son los principales discipuladores de sus hijos

05

Uno de los momentos más confrontadores en el mensaje del pastor Tisdale llega cuando nos recuerda que si no moldeamos intencionalmente el rumbo espiritual de nuestros hijos, alguien más lo hará. La naturaleza no tolera el vacío. Todo lo que los padres dejen de enseñar, la cultura lo enseñará con gusto. Todo aquello sobre lo que padres y madres guarden silencio, el mundo lo definirá con entusiasmo.

Esta verdad siempre ha sido reconocida en las Escrituras. Mucho antes de que Dios estableciera reyes o profetas, estableció el hogar como el lugar principal donde la fe se transmitiría de una generación a otra. El primer salón de clases que Dios diseñó no fue una sinagoga ni un templo. Fue la familia.

Por eso Moisés instruyó a Israel en Deuteronomio 6 a enseñar diligentemente los mandamientos de Dios a sus hijos. Note que nunca les dijo a los padres que dejaran esta responsabilidad completamente en manos de los sacerdotes. Más bien, les indicó que hablaran de la Palabra de Dios mientras estaban sentados en casa, mientras caminaban juntos, antes de acostarse y después de levantarse por la mañana. En otras palabras, el discipulado nunca tuvo la intención de ser un evento; fue diseñado para convertirse en un estilo de vida.

A veces, sin darnos cuenta, creemos que un servicio en la iglesia cada semana es suficiente para formar la fe de nuestros hijos. Estamos profundamente agradecidos por los pastores, los maestros de escuela dominical, los líderes de jóvenes y los ministerios infantiles, pero ninguno de ellos fue diseñado para reemplazar la influencia de un padre y una madre piadosos. La iglesia refuerza lo que ya debería estar sucediendo en casa.

De hecho, la iglesia solo tiene unas pocas horas cada semana para invertir en nuestros hijos. Los padres tienen miles.

Eso no debería desanimarnos; debería inspirarnos. Dios confió esta increíble responsabilidad a los padres porque cree que el hogar puede convertirse en uno de los lugares más poderosos donde se forma la fe.

El Salmo 78 expresa hermosamente esta responsabilidad. El salmista declara que cada generación debe contarle a la siguiente las obras poderosas de Dios, para que pongan su confianza en Él y no olviden su fidelidad. El deseo de Dios nunca ha sido que cada generación comience de cero espiritualmente. Su deseo es que cada generación se apoye sobre la fidelidad de la anterior.

Este es uno de los mayores regalos que podemos dejarles a nuestros hijos.

A menudo pasamos años preparando una herencia que algún día ayudará a nuestros hijos económicamente. Ahorramos dinero, compramos casas, invertimos para el retiro y planificamos sabiamente su futuro. Ninguna de esas cosas está mal. Demuestran buena mayordomía.

Pero hay una herencia todavía más valiosa.

Un hijo que crece viendo a sus padres orar recibe algo que ninguna cantidad de dinero puede comprar.

Un hijo que presencia el perdón dentro del hogar recibe un regalo que no se puede medir económicamente.

Un hijo que escucha constantemente la Palabra de Dios conversada alrededor de la mesa recibe un fundamento que lo fortalecerá por el resto de su vida.

Mucho después de que las posesiones materiales hayan desaparecido, esas inversiones espirituales siguen dando fruto.

El pastor Tisdale desafía a los padres a pensar más allá del momento presente. En lugar de preguntarnos únicamente: “¿Qué quiero que mi hijo llegue a ser profesionalmente?”, también deberíamos preguntarnos: “¿En quién quiero que mi hijo se convierta espiritualmente?”

De manera natural soñamos con que nuestros hijos lleguen a ser adultos exitosos. Los imaginamos graduándose de la universidad, construyendo carreras, formando familias y llevando vidas productivas. Esas son aspiraciones maravillosas. Sin embargo, las Escrituras nos llaman a soñar todavía más grande.

¿Los vemos convirtiéndose en adoradores apasionados?

¿Los imaginamos dirigiendo estudios bíblicos?

¿Los vemos algún día orando por sus propios hijos?

¿Los imaginamos manteniéndose firmes por la verdad cuando la cultura los presione a ceder?

¿Los vemos convirtiéndose en esposos y esposas que edifican hogares centrados en Cristo?

Esos sueños requieren discipulado intencional hoy.

Uno de los ejemplos más hermosos de esto se encuentra en la vida de Timoteo. Pablo le recuerda a Timoteo que la fe sincera habitó primero en su abuela Loida y luego en su madre Eunice, antes de manifestarse en él (2 Timoteo 1:5). Timoteo no heredó la fe genéticamente. La heredó porque dos mujeres piadosas invirtieron constantemente en él. Su ejemplo diario lo preparó para convertirse en uno de los más grandes líderes jóvenes de la iglesia del Nuevo Testamento.

“Trayendo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida, y en tu madre Eunice.”

2 Timoteo 1:5, RVR60

Esto nos recuerda que el discipulado muchas veces es silencioso.

La mayoría de los padres nunca llegarán a comprender el impacto total de los momentos ordinarios. Leer una historia bíblica antes de dormir puede parecer insignificante hoy. Orar juntos antes de la escuela puede parecer sencillo. Cantar canciones de adoración en el auto puede parecer algo común. Sin embargo, esos momentos repetidos van moldeando poco a poco el corazón de un hijo.

El mundo entiende este principio extraordinariamente bien.

Las empresas gastan miles de millones de dólares cada año tratando de moldear el pensamiento de los niños a través de la publicidad, el entretenimiento, las redes sociales, la música y el contenido digital. Ellas entienden que quien captura la imaginación de un niño, con frecuencia influye en su futuro.

Como creyentes, debemos reconocer esa misma realidad.

El pastor Tisdale advierte que si no definimos la visión de nuestra familia, la cultura la definirá por nosotros. Si no enseñamos la identidad bíblica, alguien más enseñará una identidad diferente. Si no explicamos el diseño de Dios para la vida, el matrimonio, la sexualidad, la santidad y el propósito, el mundo ofrecerá con entusiasmo sus propias respuestas.

El silencio nunca ha sido neutral.

Cada día, alguien está discipulando a nuestros hijos.

La única pregunta es: ¿quién los está discipulando?

Por eso la crianza cristiana va mucho más allá de corregir la mala conducta. Nuestro llamado más alto no es simplemente producir hijos bien portados. Es formar discípulos de Jesucristo.

La disciplina sin duda tiene su lugar. Las Escrituras enseñan que los padres deben corregir a sus hijos con amor. Pero la corrección por sí sola no puede producir transformación. Las reglas pueden controlar la conducta por una temporada, pero solo una relación con Cristo transforma el corazón.

El pastor Tisdale hace una declaración que todo padre debería recordar:

La corrección sin visión puede aplastarlos, pero la visión le da un destino a la corrección.

Qué principio tan hermoso.

No corregimos a nuestros hijos porque nos incomodan.

Los corregimos porque vemos en quién los está llamando a convertirse Dios.

No estamos simplemente lidiando con la actitud de hoy.

Estamos formando al esposo de mañana.

A la esposa de mañana.

Al padre de mañana.

A la madre de mañana.

Al líder de mañana.

Al discípulo de mañana.

Cada conversación, cada oración, cada acto de corrección, cada expresión de gracia debería señalarlos hacia ese futuro.

Un día nuestros hijos dejarán nuestro hogar.

Los juguetes quedarán guardados.

Las habitaciones quedarán en silencio.

Los horarios cambiarán.

Pero el fundamento espiritual que ayudamos a construir seguirá caminando con ellos por el resto de su vida.

Que nunca subestimemos el santo privilegio que Dios nos ha dado. Mucho antes de que nuestros hijos se presenten ante un pastor, un maestro o un empleador, se presentan ante nosotros. Nuestra mayor asignación no es simplemente prepararlos para la vida adulta.

Es prepararlos para seguir fielmente a Jesucristo por el resto de su vida.

SECCIÓN 6

**El ambiente de tu hogar se forma con lo
que hablas constantemente**

06

Todo hogar tiene un ambiente. Mucho antes de que alguien note la decoración, los muebles o incluso el tamaño de la casa, ya empieza a percibir su ambiente. Algunos hogares comunican paz de inmediato. Otros comunican tensión. Algunos están llenos de aliento y risas, mientras que otros están marcados por la crítica, la ansiedad o el conflicto constante. Ese ambiente no lo crea la casa en sí, sino las personas que viven en ella. Día tras día, conversación tras conversación, estamos construyendo un ambiente que moldea a cada miembro de nuestra familia. El pastor Tisdale nos recuerda que lo que hablamos constantemente tiene un significado espiritual tremendo, porque nuestras palabras están reforzando continuamente ya sea la fe o el temor.

Jesús demostró una y otra vez que la fe no es solo algo que creemos internamente, sino algo que declaramos abiertamente. En Marcos 11:23 enseñó a sus discípulos a hablarle a la montaña. El pastor Tisdale hace la observación impactante de que muchas montañas han escuchado años de nuestras quejas, pero nunca han escuchado nuestra fe. Esa afirmación expone algo con lo que muchos de nosotros luchamos. Con frecuencia es más fácil describir nuestros problemas que declarar las promesas de Dios. Nos volvemos expertos en hablar de lo que está mal mientras guardamos un silencio extraño sobre lo que Dios puede hacer. Nuestros hijos nos escuchan hablar de las presiones financieras, las preocupaciones de salud, las frustraciones en el trabajo y las decepciones de la vida, pero ¿nos escuchan declarar que Dios es fiel? ¿Nos escuchan recordándonos unos a otros que el Señor nunca nos ha fallado? ¿Nos escuchan orar con confianza, o solo nos escuchan preocuparnos?

“La muerte y la vida están en poder de la lengua.”

Proverbios 18:21, RVR60

Uno de los mayores regalos que los padres pueden darles a sus hijos es un hogar donde la fe se escuche con regularidad. Nuestros hijos deberían escucharnos agradecer a Dios incluso antes de que llegue la respuesta. Deberían escucharnos orar juntos antes de tomar decisiones importantes. Deberían escucharnos bendecirnos unos a otros, pedir perdón cuando nos equivocamos y pronunciar palabras que edifiquen en lugar de destruir. Esos momentos pueden parecer ordinarios, pero están formando un vocabulario espiritual que nuestros hijos llevarán consigo mucho después de dejar nuestro hogar. Dentro de unos años quizás no recuerden cada comida familiar ni cada vacación, pero recordarán haber escuchado a sus padres invocar el nombre del Señor. Recordarán haber escuchado las Escrituras citadas durante temporadas difíciles. Recordarán si la oración fue la primera respuesta o el último recurso.

El pastor Tisdale también hace referencia a un estudio educativo que muestra que los niños suelen alcanzar el nivel de expectativa que los adultos que los influyen les comunican constantemente. Luego nos invita a considerar qué pasaría si los padres cristianos comenzaran intencionalmente a declarar el propósito de Dios sobre sus hijos en lugar de repetir constantemente sus fracasos. Ese es un principio profundamente bíblico. A lo largo de las Escrituras, Dios habló constantemente a las personas según su propósito y no según su condición presente. Antes de que Abram tuviera un hijo, Dios lo llamó Abraham, padre de muchas naciones. Antes de que Gedeón ganara una batalla, Dios lo llamó varón esforzado y valiente. Antes de que Simón se convirtiera en un pilar de la iglesia primitiva, Jesús lo llamó Pedro. Dios

siempre vio lo que su gracia podía lograr, no simplemente lo que las personas eran en ese momento.

Como padres, estamos llamados a aprender de ese ejemplo. Esto no significa fingir que nuestros hijos son perfectos ni negarnos a corregirlos. La corrección amorosa es necesaria, porque Dios mismo disciplina a quienes ama. Sin embargo, el pastor Tisdale nos recuerda sabiamente que la corrección sin visión puede aplastar a un hijo, pero la visión le da un destino a la corrección.

Existe una diferencia enorme entre corregir a un hijo porque estamos frustrados y corregirlo porque podemos ver en quién lo está llamando a convertirse Dios. Un enfoque destruye; el otro edifica mientras sigue llamándolo a la obediencia. Nuestros hijos necesitan saber que, incluso cuando fallan, seguimos creyendo que Dios tiene un propósito para su vida.

Este mismo principio fortalece los matrimonios. Todo esposo y toda esposa atravesarán temporadas de decepción, malentendidos y lucha. En esos momentos es fácil enfocarse únicamente en las debilidades. Pero si nuestras conversaciones enfatizan constantemente los fracasos, el desánimo va llenando poco a poco el hogar. En cambio, las Escrituras nos llaman a convertirnos en personas que hablan gracia, perdón, aliento y esperanza. Esto no ignora los problemas; más bien, coloca esos problemas por debajo de la verdad más grande de que Dios todavía está obrando. Un matrimonio donde los cónyuges se animan mutuamente con regularidad crea un ambiente donde la sanidad puede florecer, porque la fe va reemplazando continuamente al temor.

Josué entendió la importancia de establecer el ambiente de un hogar cuando declaró con valentía: “Pero yo y mi casa serviremos a Jehová”. No estaba simplemente haciendo un compromiso personal; estaba estableciendo la cultura espiritual de su familia. Antes de que cualquier otra persona en su casa pudiera abrazar esa visión, Josué primero tuvo que hablarla. Todo padre cristiano tiene hoy ese mismo privilegio. Nuestros hijos necesitan más que un hogar cómodo. Necesitan un hogar donde se hable la Palabra de Dios, donde la oración sea normal, donde se practique el perdón, donde la adoración sea bienvenida, y donde la fe se convierta en el idioma que llena cada habitación.

Cuando nuestro hogar se llena de esas conversaciones, comienza a suceder algo hermoso. El ambiente cambia. La paz comienza a reemplazar a la ansiedad. La esperanza comienza a reemplazar al desánimo. La oración se vuelve más natural que el pánico. Nuestros hijos comienzan a aprender que las promesas de Dios son más confiables que sus circunstancias. Poco a poco, nuestro hogar se convierte en un lugar donde no solo se cree en Jesús, sino donde se le honra, se habla de Él y se le sigue cada día. Ese es el tipo de ambiente que moldea generaciones y deja un legado espiritual mucho después de que nos hayamos ido.

SECCIÓN 7

Alguien va a moldear a la próxima generación

07

Uno de los momentos más solemnes en el mensaje del pastor Tisdale llega cuando explica que si no definimos intencionalmente la visión de nuestra familia, alguien más lo hará. No existe tal cosa como un hogar espiritualmente neutral. Todo hogar está siendo discipulado. Todo hijo está siendo moldeado. Toda familia se mueve en una dirección particular. La única pregunta es quién está determinando esa dirección. El pastor Tisdale advierte que lo que dejamos sin definir, eventualmente será discipulado por defecto.

Esa afirmación describe perfectamente el mundo en el que vivimos hoy. Nuestros hijos están rodeados de voces que compiten por su atención cada día. Las redes sociales les dicen en quién deberían convertirse. El entretenimiento les dice cómo se ve el éxito. Los amigos influyen en sus valores. Las escuelas, la publicidad, la música y horas incontables de contenido digital les enseñan constantemente cómo pensar. Nos demos cuenta o no, cada una de esas voces está presentando una visión de vida. Si los padres permanecen en silencio, esas voces llenarán el vacío con gusto.

Por eso Dios colocó una responsabilidad tan grande sobre los padres a lo largo de las Escrituras. Deuteronomio 6 no solo les manda a los padres que amen a Dios personalmente. Les manda enseñar diligentemente su Palabra a sus hijos. Debían hablar de los mandamientos de Dios mientras estaban sentados en casa, mientras caminaban juntos, antes de acostarse y al levantarse por la mañana. Dios nunca tuvo la intención de que la formación espiritual sucediera únicamente durante los servicios de adoración. La diseñó para que sucediera en la vida cotidiana, a través de conversaciones ordinarias que continuamente señalaran a los hijos de regreso hacia Él.

Lamentablemente, cada generación enfrenta la tentación de suponer que alguien más enseñará a la próxima generación. Los padres a menudo esperan que los pastores, los líderes de jóvenes, las escuelas cristianas o los estudios bíblicos les provean a sus hijos todo lo que necesitan espiritualmente. Esos ministerios son regalos invaluable de Dios, pero nunca fueron diseñados para reemplazar la influencia del hogar. Están llamados a reforzar lo que los padres ya están construyendo.

Quizás uno de los versículos más tristes del Antiguo Testamento se encuentra en Jueces 2:10:

“Y se levantó después de ellos otra generación que no conocía a Jehová, ni la obra que él había hecho por Israel.”

Jueces 2:10, RVR60

Pensemos en lo trágica que es realmente esa afirmación. La generación que cruzó el río Jordán había sido testigo personal de los milagros de Dios. Había visto caer murallas, dividirse ríos, y la mano de Dios proveer para ellos una y otra vez. Sin embargo, de alguna manera, la siguiente generación creció sin conocerlo verdaderamente.

El problema no fue que Dios hubiera dejado de obrar.

El problema fue que sus obras ya no se estaban transmitiendo intencionalmente.

Esa advertencia debería hablarle a cada familia cristiana hoy.

Es completamente posible amar a Dios sinceramente y aun así fallar en transmitir intencionalmente nuestra fe a la próxima generación. La fe no se hereda automáticamente. Cada generación debe conocer personalmente al Señor. Nuestra responsabilidad como padres es crear un ambiente donde esa relación pueda florecer.

El pastor Tisdale da una ilustración práctica que todo padre entiende de inmediato. Dice que si los padres nunca les enseñan a sus hijos el diseño de Dios para la vida, alguien más les enseñará con gusto una versión diferente. Si los padres nunca explican la moral bíblica, la cultura definirá la moral por ellos. Si los padres nunca establecen una identidad bíblica, el mundo proveerá una con entusiasmo.

Eso es exactamente de lo que Pablo advirtió en Romanos 12:2 cuando escribió:

“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento.”

Romanos 12:2, RVR60

Note que Pablo asume que el mundo está tratando constantemente de moldearnos. La cultura nunca está quieta. Siempre está discipulando, siempre influenciando, siempre invitándonos a adoptar sus valores. Si no renovamos intencionalmente nuestra mente a través de la Palabra de Dios, poco a poco comenzaremos a pensar como el mundo que nos rodea sin siquiera darnos cuenta.

Por eso las conversaciones espirituales dentro del hogar son tan importantes. No basta con decirles a nuestros hijos qué creer. Debemos explicarles con paciencia por qué lo creemos. Necesitan entender por qué oramos. Por qué adoramos. Por qué perdonamos. Por qué buscamos la santidad. Por qué valoramos la Palabra de Dios. Por qué nos congregamos con la iglesia. Por qué confiamos en las Escrituras por encima de la cultura. Los hijos que entienden el “por qué” detrás de las convicciones bíblicas tienen muchas más probabilidades de llevar esas convicciones a la vida adulta.

El pastor Tisdale nos recuerda de manera hermosa que la separación del mundo no está motivada por el temor ni por la superioridad. No vivimos de manera diferente porque creamos que somos mejores que nadie. Vivimos de manera diferente porque le pertenecemos a Dios.

Eso lo cambia todo. La santidad deja de tratarse simplemente de evitar ciertas conductas. Se convierte en la respuesta gozosa de personas que entienden a quién pertenecen.

Habacuc nos da otra instrucción importante que encaja perfectamente en esta discusión. Dios le dice al profeta:

“Escribe la visión, y declárala en tablas, para que corra el que leyere en ella.”

Habacuc 2:2, RVR60

El pastor Tisdale hace una pregunta sencilla pero profunda: ¿cómo puede alguien correr hacia una visión que nunca se le ha comunicado con claridad?

Lo mismo es cierto dentro de nuestra familia.

¿Hemos comunicado con claridad la visión de nuestro hogar?

¿Saben nuestros hijos qué clase de familia Dios nos ha llamado a ser?

¿Saben qué es lo que más nos importa?

¿Podrían explicar los valores que guían nuestras decisiones?

¿O se quedan tratando de descifrarlo observando a un mundo que no conoce a Cristo?

Toda familia tiene una misión, se haya expresado o no. Algunas familias, sin proponérselo, construyen su vida alrededor del éxito, los deportes, la educación, la carrera profesional o el entretenimiento. Todas esas cosas tienen valor, pero ninguna de ellas es capaz de producir vida eterna. Como creyentes, nuestra visión más grande siempre debe ser que nuestra familia conozca a Jesucristo, ame su Palabra, sirva a su iglesia y transmita fielmente esa misma fe a las generaciones que vienen.

La verdad es a la vez alentadora y desafiante. No podemos controlar cada decisión que nuestros hijos tomarán algún día. Cada persona eventualmente debe elegir seguir a Cristo por sí misma. Pero sí podemos crear fielmente un hogar donde se le dé la bienvenida a la presencia de Dios, se honre su Palabra, se explique su verdad y se demuestre su amor cada día.

Cuando construimos intencionalmente ese tipo de hogar, estamos haciendo mucho más que criar hijos.

Estamos preparando a otra generación para conocer a Dios, amar su verdad y seguir proclamando su fidelidad mucho después de que nuestra propia voz haya enmudecido.



SECCIÓN 8

La visión que vives hoy se convierte en el
legado que dejas mañana

08

Mientras el pastor Tisdale comienza a llevar el mensaje hacia su conclusión, va más allá del individuo y regresa a la familia. A lo largo del sermón nos recuerda continuamente que nuestras decisiones nunca nos afectan solo a nosotros. Cada decisión que tomamos crea un camino que alguien más eventualmente recorrerá. Nuestros hijos están observando. Nuestros nietos algún día se beneficiarán —o batallarán— a causa de la cultura espiritual que establecemos hoy. Por eso le recuerda repetidamente a la iglesia que las decisiones que tomamos hoy se convierten en el camino que nuestra familia recorrerá mañana.

Este principio está entretejido a lo largo de toda la Biblia. Dios siempre ha pensado en términos de generaciones. Cuando llamó a Abraham, no estaba simplemente bendiciendo a un hombre. Estaba comenzando un pacto que bendeciría a sus descendientes y, finalmente, a todas las naciones de la tierra. Cuando Moisés instruyó a Israel, les recordó continuamente a los padres que contaran las obras de Dios a sus hijos y a sus nietos. David declaró que “generación a generación celebrará tus obras” (Salmos 145:4). Incluso la Gran Comisión asume que los discípulos seguirán haciendo discípulos de generación en generación. La obra de Dios siempre se ha extendido más allá de una sola vida.

“Generación a generación celebrará tus obras.”

Salmos 145:4, RVR60

Esa verdad debería cambiar la manera en que evaluamos el éxito. Nuestra cultura a menudo mide el éxito por la carrera profesional, los ingresos, las posesiones o los logros. Aunque ninguna de esas cosas es mala en sí misma, nunca tuvieron la intención de convertirse en la medida principal de una vida bien vivida. Algún día, cada casa que construyamos le pertenecerá a alguien más. Cada vehículo que compremos eventualmente se desgastará. Toda carrera llegará a su fin. Pero cada oración que hacemos por nuestros hijos, cada verdad bíblica que enseñamos, cada acto de obediencia que modelamos y cada ejemplo de fe que dejamos atrás tiene el potencial de impactar a generaciones que quizás nunca lleguemos a conocer.

Quizás uno de los mayores ejemplos de esto se encuentra en la vida de Timoteo. Cuando Pablo le escribe, no comienza elogiando los dones o las habilidades de Timoteo. En cambio, señala hacia su abuela Loida y su madre Eunice. Le recuerda a Timoteo que la fe sincera que habita en él primero habitó en ellas (2 Timoteo 1:5). Qué testimonio tan hermoso. Antes de que Timoteo llegara a ser pastor, primero se convirtió en discípulo dentro de su propio hogar. Su ministerio se construyó sobre la influencia fiel de las generaciones anteriores.

Eso debería animar a todo padre, madre y abuelo que lea este estudio. Muchas de las inversiones más importantes que hacemos nunca recibirán reconocimiento público. El mundo celebra a las celebridades, los atletas, los empresarios y los líderes influyentes, pero el cielo también celebra a las madres que oran fielmente por sus hijos, a los padres que lideran constantemente su hogar con integridad, a los abuelos que se niegan a dejar de interceder por la próxima generación, y a las familias que eligen la obediencia en silencio día tras día. Estos momentos quizás nunca salgan en los titulares, pero están moldeando la eternidad.

El pastor Tisdale nos desafía a pensar cuidadosamente en lo que nuestros hijos están viendo cada día. ¿Están viendo padres que aman genuinamente la presencia de Dios? ¿Nos ven adorar cuando nadie más está mirando? ¿Nos escuchan hablar con bondad y perdón dentro del hogar? ¿Saben que la Palabra de Dios tiene autoridad sobre nuestras decisiones? ¿O ven que la fe se convierte en algo que practicamos solo durante los servicios de la iglesia?

Los hijos rara vez se convierten en lo que simplemente les decimos que sean. Con más frecuencia, se convierten en lo que observan constantemente. Si crecen viendo a padres que valoran la oración, la oración se vuelve normal. Si crecen viendo generosidad, la generosidad se vuelve natural. Si crecen viendo arrepentimiento, la humildad se convierte en parte de su carácter. De igual manera, si observan repetidamente enojo, compromiso con el pecado o indiferencia espiritual, esos patrones también pueden convertirse silenciosamente en parte de su propia vida. Intencionalmente o no, toda familia está dejando un legado.

Por eso la declaración de Josué sigue siendo tan poderosa siglos después: “Pero yo y mi casa serviremos a Jehová”. Josué entendió que el liderazgo espiritual siempre comienza con alguien dispuesto a tomar una decisión antes de que los demás la comprendan por completo. No esperó a que la cultura estuviera de acuerdo con él. No permitió que la opinión pública determinara el rumbo de su hogar. Eligió primero el camino de Dios, confiando en que su familia seguiría el ejemplo que él vivía constantemente.

Esa misma responsabilidad recae hoy sobre todo creyente. No podemos controlar cada circunstancia que enfrentarán nuestros hijos, ni podemos protegerlos de cada influencia del mundo. Eventualmente ellos deben tomar sus propias decisiones y desarrollar su propia relación con Cristo. Pero podemos darles algo invaluable antes de que dejen nuestro hogar. Podemos darles una imagen clara de cómo se ve amar genuinamente a Dios.

Es posible que algún día nuestros hijos olviden muchos de los regalos que les dimos. Puede que olviden las vacaciones que tomamos o los juguetes que una vez atesoraron. Pero es mucho menos probable que olviden ver a mamá orando en la sala temprano en la mañana. Recordarán a papá abriendo su Biblia antes de tomar decisiones importantes. Recordarán haber escuchado a sus padres pedirse perdón el uno al otro. Recordarán reunirse alrededor de la mesa para orar antes de comer. Recordarán haber escuchado música de adoración llenando el hogar en lugar del caos constante. Esos recuerdos se convierten en anclas que el Espíritu Santo a menudo usa años después para traer de vuelta al Padre a hijos e hijas pródigos.

La mayor herencia que podemos dejarle a nuestra familia no se encuentra en una cuenta bancaria ni en un testamento. Se encuentra en una vida que demostró constantemente lo que significa seguir a Jesucristo. Mucho después de que nuestra voz haya enmudecido, el ejemplo que vivimos puede seguir hablando a través de la vida de nuestros hijos y nietos.

Que esa sea nuestra oración. Señor, ayúdanos a vivir hoy de tal manera que a las generaciones futuras les sea más fácil conocerte gracias al legado que dejamos. Que nuestro hogar se convierta en un lugar donde la fe se vea, la verdad se ame, la oración se practique y Cristo sea honrado. Y que la visión que nos has dado hoy siga moldeando a nuestra familia por generaciones.

SECCIÓN 9

Jesús vino a restaurar nuestra visión y nuestra voz

09

Todo buen estudio bíblico debe finalmente llevarnos de regreso a Jesús. A lo largo de esta lección hemos hablado de la visión, nuestras palabras, nuestras decisiones, nuestra familia y la responsabilidad de los padres. Pero ninguna de estas cosas comienza con nosotros. Todas comienzan con Cristo. La hermosa verdad de Mateo 12 no es simplemente que un hombre estaba ciego y no podía hablar. La hermosa verdad es que Jesús estaba presente. Dondequiera que Jesús está presente, lo que el enemigo ha robado puede ser restaurado.

El hombre de Mateo 12 no podía sanarse a sí mismo. No podía darse vista, ni podía soltar su propia lengua. Su condición requería intervención divina. El pastor Tisdale nos recuerda que, en este milagro en particular, Jesús conectó la ceguera y la mudez con la opresión demoníaca, y con un solo encuentro revirtió por completo lo que el infierno había hecho.

Eso debería llenar de esperanza a todo creyente. Si el enemigo ha pasado años tratando de cegar nuestra visión o silenciar nuestra fe, Jesús todavía puede restaurar ambas cosas.

Quizás algunos padres que leen esta lección se sienten desanimados porque reconocen errores que han cometido. Tal vez hubo años en los que la oración estuvo ausente del hogar. Tal vez el trabajo se volvió más importante que el discipulado familiar. Quizás el enojo, la amargura o la distracción reemplazaron poco a poco la paz. Otros quizás miran a sus hijos hoy y se preguntan si ya es demasiado tarde. Al enemigo le encanta susurrar que ya perdimos nuestra oportunidad, que nuestros fracasos son permanentes, y que nuestra familia nunca podrá llegar a ser lo que Dios se propuso.

Esa es una de sus mayores mentiras.

A lo largo de las Escrituras, Dios se especializa en restaurar lo que parece perdido. Joel declaró la promesa de Dios cuando escribió: “Y os restituiré los años que comió la oruga”. Nuestro Dios no solo puede perdonar los fracasos de ayer; puede redimirlos. Puede reconstruir lo que ha sido descuidado. Puede ablandar corazones que se han endurecido. Puede sanar matrimonios que parecen no tener remedio. Puede despertar a hijos que se han alejado mucho de Él. Nada es imposible para el Señor.

Por eso el enemigo trabaja tan arduamente para robarnos la visión. Si logra convencernos de que la restauración es imposible, dejamos de orar. Dejamos de creer. Dejamos de declarar las promesas de Dios. Eventualmente nos rendimos antes de que la batalla siquiera haya comenzado. Pero Jesús nunca les pidió a sus seguidores que pusieran su confianza en sí mismos. Les pidió que pusieran su confianza en Él.

Pablo nos recuerda en Efesios 3:20 que Dios es “poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos”. Pensemos en esas palabras. Dios puede hacer más de lo que pedimos, e incluso más de lo que podemos imaginar. Nuestra visión es limitada, pero la suya no lo es. Con frecuencia solo vemos la lucha del presente, mientras que Dios ya ve el futuro que está preparando.

Eso debería cambiar por completo la manera en que oramos por nuestra familia.

En lugar de orar con temor, comenzamos a orar con expectativa.

En lugar de decir: “Señor, espero que mis hijos lo logren”, comenzamos a orar: “Señor, usa a mis hijos para tu gloria”.

En lugar de decir: “No sé si mi matrimonio va a sobrevivir”, comenzamos a declarar: “Señor, edifica nuestro matrimonio hasta convertirlo en un testimonio de tu gracia”.

En lugar de creer que nuestros mejores días ya quedaron atrás, comenzamos a confiar en que Dios todavía está escribiendo nuestra historia.

Una de las verdades más alentadoras de las Escrituras es que Dios a menudo realiza su obra más grande a través de personas comunes que simplemente eligen confiar en Él. Abraham era un anciano cuando Dios le dio un hijo. Moisés tenía ochenta años cuando sacó a Israel de Egipto. Ana oró durante años antes de que naciera Samuel. Zacarías e Isabel creían que ya habían pasado la edad de tener hijos, y sin embargo Dios les dio a Juan el Bautista. Una y otra vez, Dios demuestra que su calendario no está limitado por las circunstancias humanas.

Lo mismo es cierto para nuestra familia.

Sin importar en qué temporada estemos hoy, Dios todavía puede restaurar la visión. Todavía puede restaurar la oración. Todavía puede restaurar la adoración. Todavía puede restaurar matrimonios. Todavía puede restaurar hijos que se han alejado. El mismo Salvador que abrió ojos ciegos en Mateo 12 sigue abriendo ojos espirituales hoy. El mismo Señor que soltó una lengua muda sigue dándole a su pueblo valentía para declarar fe sobre su hogar.

El pastor Tisdale cierra el mensaje orando para que Dios restaure nuestra capacidad de ver lo que Él ve sobre nuestra familia y de declarar lo que Él dice sobre nuestro futuro. Creo que esa es la oración que cada uno de nosotros debería hacer.

“Señor, ayúdame a ver a mi cónyuge como tú lo ves”.

“Ayúdame a ver a mis hijos como tú los ves”.

“Ayúdame a ver mi futuro a través de tus promesas y no de mis temores”.

“Ayúdame a dejar de estar de acuerdo con la voz del enemigo y a comenzar a estar de acuerdo con tu Palabra”.

A medida que Dios restaura nuestra visión, también restaura nuestro valor. Comenzamos a tomar decisiones diferentes porque vemos un futuro diferente. Comenzamos a hablar de manera diferente porque nuestro corazón se ha llenado de esperanza otra vez. Poco a poco, nuestro hogar comienza a cambiar. Las conversaciones se vuelven más saludables. La oración se vuelve más natural. La adoración se vuelve más sincera. Nuestros hijos comienzan a ver padres que genuinamente dependen de Dios y no solo hablan de Él.

Esta transformación rara vez sucede de la noche a la mañana, pero siempre comienza con una decisión: permitir que Jesús restaure lo que el enemigo ha tratado de robar.

“Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo.”

Filipenses 1:6, RVR60

Lo que Dios comienza, lo termina.

Esa promesa se aplica a los individuos.

Se aplica a los matrimonios.

Se aplica a los padres.

Y se aplica a las familias.

Sin importar en qué punto se encuentre tu hogar hoy, Jesús todavía puede restaurar tu visión, fortalecer tu voz y guiar a tu familia hacia el futuro que Él ha preparado. Esa es nuestra esperanza. Esa es nuestra confianza. Y esa es la hermosa promesa que se encuentra en el corazón de Mateo 12.

CONCLUSIÓN

El futuro de tu familia comienza hoy

10

Al llegar al final de este estudio, una verdad debe quedar firmemente arraigada en nuestro corazón: toda familia avanza hacia un destino. La pregunta no es si nuestro hogar está influyendo en la próxima generación, sino en qué dirección se está dando esa influencia. Cada decisión que tomamos, cada palabra que hablamos, cada prioridad que establecemos y cada ejemplo que vivimos va moldeando silenciosamente el futuro espiritual de nuestros hijos.

A lo largo de esta lección hemos descubierto que la estrategia del enemigo no ha cambiado. Así como buscó mantener ciego y mudo al hombre de Mateo 12, todavía trabaja incansablemente para cegar a los creyentes ante el propósito de Dios y silenciar la voz de la fe. Si logra convencer a los padres de perder de vista el llamado de Dios para su familia, sabe que eventualmente dejarán de liderar con intencionalidad. Si logra llenar un hogar de temor en lugar de fe, de crítica en lugar de aliento, y de distracción en lugar de adoración, ya ha comenzado a influir en la próxima generación.

Pero aquí no termina la historia.

Jesús entró en la vida de aquel hombre y revirtió por completo lo que el enemigo había hecho. El ciego vio. El mudo habló. Lo que había sido robado fue restaurado. Ese mismo Salvador sigue obrando hoy. Todavía está restaurando matrimonios. Todavía está sanando familias. Todavía está despertando a los padres a su responsabilidad dada por Dios. Todavía está llamando a hijos e hijas pródigos de vuelta a casa. Todavía está abriendo ojos espirituales para que podamos ver el futuro que desea para nuestra familia.

Quizás la lección más grande de este estudio es que la visión siempre debe llevar a la acción. No basta con soñar con tener un hogar piadoso. Debemos construirlo intencionalmente. No basta con esperar que nuestros hijos sirvan al Señor. Debemos modelar una vida que haga atractivo seguir a Cristo. No basta con asistir fielmente a la iglesia mientras descuidamos el discipulado dentro de nuestro hogar. Dios le ha confiado a cada padre el increíble privilegio de convertirse en la principal influencia espiritual en la vida de sus hijos.

Esto no requiere perfección.

De hecho, una de las mayores lecciones que nuestros hijos pueden aprender es ver a padres que se arrepienten con humildad, piden perdón y dependen continuamente de la gracia de Dios. No necesitan padres perfectos. Necesitan padres que amen genuinamente a Jesús y estén comprometidos a seguirlo cada día.

Al reflexionar sobre el mensaje del pastor Tisdale, quizás cada uno de nosotros debería hacerse algunas preguntas sencillas pero profundas.

¿Qué visión tengo para mi familia?

¿Puedo describir con claridad la clase de matrimonio que creo que Dios desea para nosotros? ¿Puedo explicar el legado espiritual que espero dejarles a mis hijos? Si alguien le preguntara a mi hijo o a mi hija qué es lo más importante en nuestro hogar, ¿su respuesta reflejaría el Reino de Dios?

¿Qué palabras están moldeando el ambiente de mi hogar?

¿Mis hijos escuchan fe con más frecuencia que temor? ¿Me escuchan orar regularmente? ¿Me escuchan hablar vida sobre ellos? ¿Escuchan gratitud, perdón, aliento y esperanza? ¿O la crítica, la ansiedad y la frustración se han convertido en las voces más fuertes dentro de nuestras paredes?

¿Mis decisiones diarias respaldan el futuro que digo que quiero?

Si deseo hijos que amen la Palabra de Dios, ¿me ven leyéndola? Si anhelo que se conviertan en adoradores, ¿me ven adorar? Si oro para que sean generosos, ¿me ven dar con regularidad? Si espero que algún día lideren espiritualmente su propia familia, ¿estoy demostrando hoy cómo se ve el liderazgo espiritual?

Estas no son preguntas para producir culpa. Son invitaciones a la renovación.

La maravillosa noticia es que toda familia puede comenzar de nuevo.

Hoy puede convertirse en un nuevo punto de partida.

Un padre puede decidir que esta noche su familia orará junta.

Una madre puede comenzar a declarar las promesas de Dios sobre sus hijos en lugar de sus fracasos.

Un esposo y una esposa pueden elegir el perdón en lugar del resentimiento.

Los padres pueden crear intencionalmente momentos donde la Palabra de Dios se converse de manera natural alrededor de la mesa.

Una familia puede decidir que la presencia de Dios se convertirá en la mayor prioridad dentro de su hogar.

Las pequeñas decisiones tomadas constantemente a lo largo del tiempo producen resultados extraordinarios.

Un día nuestros hijos formarán sus propios hogares. La pregunta no es si nos recordarán. Lo harán. La pregunta más importante es qué recordarán sobre seguir a Cristo por habernos observado.

Que recuerden padres que amaron la casa de Dios.

Que recuerden haber escuchado oraciones alrededor de la mesa.

Que recuerden padres que se honraron el uno al otro.

Que recuerden las Escrituras siendo leídas, la adoración llenando el hogar, la generosidad practicada con gozo, el perdón extendido con rapidez y la fe permaneciendo firme en toda temporada.

Que crezcan sabiendo que Jesús no era simplemente Alguien de quien hablábamos los domingos, sino Alguien que verdaderamente vivió en el centro de nuestra familia.

Y que algún día se paren frente a sus propios hijos y declaren con confianza, tal como lo hizo Josué:

“Pero yo y mi casa serviremos a Jehová.”

Josué 24:15, RVR60

Que esa declaración continúe de generación en generación hasta que el Señor regrese.

PREGUNTAS DE REFLEXIÓN

Restaurando la visión, la voz y el legado

1. Dónde ataca el enemigo

El pastor Tisdale enseñó que el enemigo ataca nuestra visión y nuestra voz porque estas influyen en nuestro destino. Al mirar a tu familia hoy, ¿dónde crees que el enemigo se ha esforzado más por nublar tu visión o silenciar tu fe? ¿Cómo puedes comenzar a resistir esos ataques a través de la Palabra de Dios y la oración?

2. La mayor prioridad de tu familia

Si alguien observara a tu familia durante una semana, ¿qué concluiría que es la mayor prioridad en tu hogar? ¿Vería una familia buscando a Cristo intencionalmente, o vería otras prioridades compitiendo por el primer lugar?

3. Las palabras que hablas

Piensa en las palabras que se pronuncian con más frecuencia en tu hogar. ¿Son palabras que producen fe, esperanza, aliento y paz, o se han vuelto más comunes la crítica, el temor, la frustración o la negatividad? ¿Qué cambios prácticos puedes hacer esta semana para comenzar a hablar vida sobre tu familia?

4. Las decisiones de hoy, el camino de mañana

El pastor Tisdale nos recordó que “las decisiones que tomamos hoy se convierten en el camino que nuestra familia recorrerá mañana”. ¿Cuál es un hábito diario que necesitas comenzar —o un hábito que necesitas cambiar— para guiar mejor a tu familia hacia el futuro que Dios desea?

5. Yo y mi casa

Josué declaró con valentía: “Pero yo y mi casa serviremos a Jehová”. ¿Cómo se ve esa declaración en la práctica en tu hogar hoy? ¿Qué pasos específicos puedes dar para hacer de tu casa un lugar de oración, adoración y discipulado?

6. Discipulando a la próxima generación

Piensa en tus hijos, tus nietos o los más jóvenes que Dios ha puesto en tu vida. ¿Estás dedicando más tiempo a corregir su conducta o a declarar el propósito de Dios sobre su vida? ¿Cómo puedes animarlos y discipularlos intencionalmente esta semana?

7. El legado que quieres dejar

Imagina a tus hijos o nietos describiendo tu vida espiritual dentro de veinte años. ¿Qué esperas que recuerden más sobre la manera en que amaste a Dios, amaste a tu familia y lideraste tu hogar? ¿Qué decisiones necesitas tomar hoy para dejar ese tipo de legado?
